
J. Ramiro Podetti
Director del Instituto de
Investigación en Estudios
Latinoamericanos
de la Universidad de
Montevideo.



R. Damiani, sin título, óleo a la espátula, dimensiones: 70 x 100 cm.

PROEMIO

Docencia, servicio y alegría

El tema de los *conocimientos* y las *destrezas* que la Universidad debe proponerse alcanzar, en la comunidad de profesores y alumnos, forma parte de la agenda permanente del mundo académico, y ocupa un espacio muy importante en los docentes que asumen el perfeccionamiento continuo como una exigencia propia de estos tiempos.

Pero tal vez no es tan habitual ni generalizada la inquietud por la formación y desenvolvimiento de *actitudes*. Sin embargo, la “actitud” es un componente de las evaluaciones

que cotidianamente realizamos en nuestro ejercicio docente. Pero además, no es necesario ser un experto en relaciones humanas y políticas de personal para conocer la importancia de las actitudes en el desempeño profesional. Muchas veces, seguramente más de las que creemos, es la actitud la que marca la diferencia en la valoración y evaluación de las competencias laborales y profesionales.

Dando por aceptada la importancia de la formación en las actitudes, hay por lo menos

tres preguntas que se imponen a todo docente: ¿Qué actitudes es conveniente o necesario estimular? ¿Hay algunas actitudes que le interese especialmente desarrollar a la Universidad en la que me desempeño? ¿Tengo elementos para contribuir al desarrollo de esas actitudes, como las tengo para favorecer conocimientos y destrezas?

No me propongo ofrecer aquí respuestas a estas preguntas, sino más bien dejar planteada su pertinencia y su necesidad en la cotidianidad de la vida docente, y muy especialmente en los momentos de apertura y de cierre del curso lectivo. Pero quisiera tomar como ejemplo una actitud relacionada con la definición que la Universidad de Montevideo ha dado acerca de su misión, y que es el *servicio*.

Creo que para trabajar el significado de esta actitud, una primera pregunta que deberíamos formularnos es la de si el “servicio” es un valor importante en nuestra sociedad. Es decir, si existe una congruencia razonable entre lo que nos proponemos practicar (los docentes en primer lugar) y estimular dentro del conjunto de la comunidad universitaria, y las prácticas habituales que al respecto se dan en la vida social. Eso nos advierte sobre el mayor o menor sentido que podemos esperar que encuentren nuestros alumnos en

lo que nos proponemos. Dicho de otro modo, una sociedad en la que predominara el individualismo, por ejemplo, poseería posiblemente un concepto limitado del “servicio”.

Y de hecho, hay por lo menos dos sentidos distintos en el uso corriente de la palabra “servicio”, y que podemos distinguir a partir de pensar el servicio como “servir para” o como “servir a”.

El primero tiene relación con la utilidad y con el trabajo, y es una de las actitudes básicas para la vida. Podríamos rastrear este sentido muy lejos en la historia, como es obvio. Bástenos recordar aquella célebre sentencia de San Pablo en su segunda carta a la comunidad de Tesalónica, “Quien no quiera trabajar, que no coma” (II Tes., 3, 10).

Pero con todo lo importante que es este sentido de “servicio” y “servir”, si nos quedáramos sólo con él nos limitaríamos al soporte material de la vida. Que por supuesto no es poco y es, literalmente, *fundamental*, porque tiene que ver con los “fundamentos”, los cimientos, de la vida personal y de la vida social.

Pero sobre los fundamentos debe construirse el edificio. Todas las culturas, y la sabiduría tradicional así lo atestigua, han sido y son concientes de la naturaleza *social* de la persona humana. La tradición clásica y la tradición cristiana han asumido y sostenido esa idea, que es parte de las bases de nuestra

cultura. Pues bien, el “servir a” es una de las formas fundamentales de esa dimensión de la constitución antropológica.

Nos interesa, entonces, pensar que la actitud de servicio que practiquemos y estimulemos debe contener ambos sentidos de “servicio”, en la convicción que ninguno puede faltar, pero atendiendo a que tal vez se asuma más habitualmente el primero que el segundo.

El “servir a” tiene que ver con dos cualidades “fuertes” y muy necesarias para la realización personal y para la realización social: la responsabilidad y la donación. Todos sabemos lo que significa “responsabilidad” pero es bueno recordar lo que primariamente señala: capacidad de responder. A diferencia de la “libertad”, que es pensable

desde la sola persona individual, la “responsabilidad” sólo es pensable desde la relación con el otro o los otros. Implica necesariamente la dimensión relacional en la que se verifica y completa la persona humana.

Por último, agregaría que el “servir a” está muy ligado a la felicidad, que es más que la satisfacción de las necesidades materiales, aunque por supuesto las supone. Nada mejor que recordar, entonces, unos versos muy conocidos, pero que no está mal repetir, porque expresan esta idea con elocuencia. Pertenecen a Rabindranath Tagore, que además de escritor y poeta, es uno de los padres de la India moderna:

*Dormí, y soñé que la vida era alegría.
Desperté, y vi que la vida era servicio.
Serví, y descubrí que en el servicio
se encuentra la alegría.*